



Florentina del Mar

Doña Centenito, gata salvaje; libro de su vida
(Cuaderno Primero)

Índice

Cuaderno primero
Nacimiento de Doña Centenito
Su infancia
Centenito y las flores
Centenito, Gazapo Lorenzo y el arroyo
Sí y Casi-sí
Dama Marica se entera de todo
Los cazadores
Centenito es preguntona
Con Excelencia Topo y contra Renacuajo
Centenito, prisionera
Después del secuestro de Centenito
Huida de Centenito con Ratón Gutiérrez
En la bodega
Segundo secuestro de Centenito

Prólogo

Doña Centenito es una gata bellísima, con gran inteligencia y finura de

modos, así como de sentimientos.

Eso de que todos los gatos son iguales, no es verdad. Los animales, como las personas, tienen su carácter propio. Dentro de la misma especie hay profundas diferencias.

Si observáis a dos gatos, o a dos personas, veréis de cuán distinto modo se producen. Por eso, la observación a mí me ha hecho proclamar a Doña Centenito como a gran señora de las gatas.

Su vida está llena de inquietudes, de aventuras maravillosas. El mundo visto por sus hermosos ojos tiene encantos que no vemos las personas, y una interminable serie de misterios que ella se esfuerza en desvelar.

Guapa, inteligente y buena; ¡hay millares de seres que no pueden compararse a Doña Centenito!

Nacimiento de Doña Centenito

Mamá Gata Salvaje se sintió malucha cuando se entretenía en asustar a una honrada familia de conejo que había salido a pasar el domingo entre los fresnos, y se puso triste.

-¡Bueno va! -se dijo, fastidiadísima-; ahora tendré que irme a casa, cenar lo que sea, y a dormir.

Intentó aguantar un poquito, pero no pudo; entonces se levantó húmeda del césped tiernecito en que anduvo dos o tres horas panza abajo, y se marchó cabizbaja... Padre Conejo Montés arqueó las cejas sorprendido y le dijo a su señora que padecía de ahogos en cuanto se tropezaba con gatos:

-Oye, Rufina; esa se va; ¡no me fío ni pizca! ¿No ira a esconderse más lejos y a esperarnos cuando echemos a andar?

Rufina era una coneja poco imaginativa; a ella, si veía una cosa no se le ocurría pensar si sería así por esto o por lo otro. Movié los bigotes y repuso:

-Mira, Lorenzo; si se ha ido, aprovechemos para escapar de aquí. Dicho y hecho; reunieron a los hijos, que eran ocho gazapos risueños, y echaron a correr lomas arriba en busca de la madriguera segura. Tal polvareda levantó su precipitación que Mamá Gata Salvaje les vio de lejos y bufó contrariada:

-¡Se escapan! -suspiró-. Y siguió su camino cada vez más molesta.

Por todas partes volaban mariposas; grandes y morenas, con lunares; blancas como petunias blancas; amarillas y doradas oscuras; una verdadera embriaguez de mariposas que en, otras circunstancias hubieran hecho las delicias de nuestra amiga. Acababa de abrirse la cúpula gigantesca de la Primavera y estaban las jaras apretadas de flores, de capullos el escaramujo punzante, y los árboles trepaban a las nubes con movimientos graciosos.

Ya se acababa la tarde. Apenas si se oía el ruido que hace el mundo cuando se le apaga el sol. De los rincones del monte saltaban pájaros contentos: y Mamá Gata, Salvaje los miraba con indignación.

-¡Si yo estuviera buena! -murmuraba-. Por lo menos un par de pájaros caían

para mi cena.

Llegó a su casa, dolorida. No pudo cenar casi; se acostó y haría diez minutos que dormía sobresaltada cuando sobrevino el Gato Alado que trae a los gatitos de la nube donde se hacen todos los días miles y miles de ellos. Entró con cuidado, y separando las manos y las patas de Mamá Gata, allí depositó seis lindísimos hijos grises que llegaban dormidos y con las lengüecillas medio fuera como si mamaran. Después se marchó, entornando las puertas del helecho de aquella mansión del bosque... Ya brotaban las estrellas en el horizonte y un trocito de luna se derretía en el cielo.

Cantaron sin ninguna razón siete u ocho gallos del pueblo cercano, y un burro se quejó de su suerte estentóreamente. Mamá Gata Salvaje notó que le hurgaban la tripa y despertó enfurecida; encontró los cuerpecitos de sus niños tan suaves, junto a su piel erizada, y sonrió dichosa:

-¡Ya han llegado estos! ¿Cuántos son? Los contó y comprobó que eran cinco varones y una niña. Esta era más oscurita, más chica, y Mamá Gata se dijo:

-¡Parece un grano de centeno mi hija!

Recordó a los conejos y se dio cuenta de la serie de obligaciones que empezaban a contar sobre ella.

-Hay que cuidarlos mucho para que pronto puedan cazar por su cuenta -se dijo gravemente.

Su infancia

Cuando aparece el sol la selva se pone varios trajes para que él le diga con cuál le gusta más y quedarse así varias horas. Son túnicas claras, casi transparentes, primero; y luego se van haciendo más gruesas y de color vivo hasta que a mediodía suena la túnica de las doce como campana embriagada de júbilo. Es el momento en que los bosques están mejor vestidos, con mayor espesor y colorido brillante. A partir de esa hora mágica de las doce, otra voz empiezan a sucederse los trajes de luz hasta que toda la selva se duerme en uno azul casi gris que poco a poco se prende de luceros.

Las fuentes participan de todas esas decoraciones luminosas y son los pájaros los que jalonan con sus cantos las etapas del sol. La primera mañana que Mamá Gata Salvaje se despertó con sus hijitos, el sol se sorprendió mucho.

-¡Anda! Pues si hay bebés nuevos hoy -y se llegó parsimonioso para verlos-. Son monísimos, señora Gata; monísimos. ¿Le costaron mucho? Ella se sintió ofendida de la burla.

-Los hijos no se compran. Me los regaló el sueño.

-Muy bien; enhorabuena por tan lindos sueños.

-Se agradece, pero no vale mirarlos tanto que se me van a asar.

Los gatitos dormían a todas horas; mamaran a un mismo tiempo, amasando con las suaves manos la tripa de su madre. Cuando se volvían a dormir, ella salía con cuidado y se iba de caza. Tenía que alimentarse muy bien para poderles criar gordos y lucidos.

Por aquellos contornos no vivía conejo ni pájaro que no la temiera. Y en

cambio las hormigas habían establecido unos turnos de trabajo continuo para llevarse todo lo que podían aprovechar de los despojos de la caza. Daba pena oír las lamentaciones en las madrigueras. Muchas familias conejiles hicieron sus equipajes y aprovechando los ratos en que Mamá Gata Salvaje iba a dar de mamar a sus gatitos, emigraban en secreto... Pues lo que ellos pensaban era lógico: que en cuanto los hijos acompañaran a la madre en sus fechorías no iba a quedar ni un conejo en tres leguas a la redonda.

Los hijos crecían aprisa, como las acacias, que son unos árboles que se ven crecer: se sienta uno delante de una acacia recién nacida y puede oír cómo va estirándose hasta hacerse grande. Finos, inquietísimos; saltaban igual que insectos y se mordían con los alfileritos que tenían por colmillos, orejas y rabos. Disponían de tal agilidad que a su madre le daba horror pensar en las diabluras que cometerían apenas se quedaran solos.

Porque todo les llamaba la atención: el olor de las plantas, el frescor de la yerba, los gritos de las aves nocturnas, la ligereza del arroyo que tenían cerca de su casa... Eran unos personajes decididos a jugar con todo y a toda hora. ¡Había que verles meter las cabecitas entre las retamas, buscando no sabían qué! La más loca era Centenito; tan juguetona y audaz que a su misma madre, le infundía temor.

-Cuando esta niña se eche al monte no va a acabar bien; es demasiado temeraria -se decía preocupada.

Y sus hermanos, fieles colaboradores de la intrépida, la admiraban sin regateo.

El primer día que Mamá Gata Salvaje llevó a su casa un conejito, Centenito arañó a toda la familia para conquistar el mejor trozo. Desde entonces, fuera pájaro o conejo, mariposa o arroyo, se dispuso a conquistarlo todo para sí.

Era preciosa: gris plateada como los zorros, con estrías rojizas en toda la piel; alternadas con vetas gris oscuras. Tenía lunares casi negros en la panza y unos ojos redondos, grises también, bellísimos, con pestañas suaves y espesas. Bigotitos de seda, y seda en las manos y patas, entre los dedos menudos. Su boca era un primor y su voz dulce y engañosa: maullaba recordando a los pájaros. Los movimientos eran tan graciosos, saltaba, se arqueaba con semejante elasticidad y alegría, que todo el bosque empezó a apadrinarla por bonita y ágil.

Mamá Gata Salvaje se dijo un día:

-Es una hermosura de hija mi Centenito. Estoy orgullosa y la voy a llevar conmigo una de estas mañanas.

Aquella noche durmieron más abrazados que nunca, y la luna les pasó la mano por los lomos con tanto amor que no se despertaron. Soñaban con prados llenos de conejos muy cebados que al ver llegar a la madre con sus seis hijos se tendían dóciles para que ellos se los comieran con toda tranquilidad... sin molestias...

El arroyo no autorizó a las ciervas a que bebieran de su agua, por no descomponer aquel bello cuadro de familia dormida.

Es que el bosque tiene grandes delicadezas con sus criaturas elegidas.

Centenito y las flores

Por aquellos días la muchedumbre de la floresta había recibido concretas órdenes de la Primavera: crecer y ser hermosa, estar contenta. Y todas las praderas se consideraban favoritas de la Creación, siendo cada una la más bella y gozosa.

Las jaras exhibían sus anchas rosas blancas y otras que eran blancas pero con los pétalos negros cerca del cáliz; el cantueso agitaba sus flores moradas con muy raras hojas en el extremo, como plumas en las cabezas de los salvajes. Danzaban otras menudas, de humilde presencia violeta; otras más recordaban esas florecillas de los fanales hechas con diminutas concretas del mar. Y las había con tallo tan esbelto y frágil que el aire se hacía chiquitín a su lado por no quebrarles la cintura.

Centenito se levantó una mañana con grandes deseos de jugar. Su madre la lavó y peinó con primoroso cuidado entre zalemas y maulliditos de mimosería; sus hermanos -Gatulín, Gatulón, Gatoncio, Gatunini y Gatuchín- estuvieron diciéndole piropos todo el tiempo y ella prorrumpió en el bosque con inmensa alegría; inició escalar un pino, le cayó encima una piña vacía, y al acercarse a ella descubrió los maravillosos seres que son las flores.

¡Qué saltos y espeluznos fueron entonces los suyos!

Todas se quedaron sorprendidas, las unas de la otra. El perfume, que es lo que dan las flores cuando son felices, mareó a Centenito; quiso cogerlo, pues aun no distinguía entre eso y las mariposas, y se quedó burlada junto a un pobladísimo tomillo.

-¿Y tu mamá; es que ya sales sola? -le preguntó éste con interés y cortesía.

-Hoy es el primer día. ¿Quién eres tú?

-Soy abuelito Tomillo, y éstas son mis hermanas del monte; ¿cómo te llamas tú, gatita?

-Me dicen Centenito por lo morena que soy.

Las flores aplaudieron el nombre.

-¡Es precioso! -dijeron acordes.

Un toro que pasaba huido de su manada tan fuerte olió a bosque que se paró de repente, las narizotas abiertas, bramando hasta sacudir las copas de los árboles.

Centenito anduvo suavemente entre las flores, sin herirlas. Sus patitas eran tan blandas que más bien las acariciaban al rozarlas.

Pero el Tomillo oyó el corazón de un desdichado gazapo que sin hacer caso de su padre salió de correrías hasta parar cerca de aquel peligro...

-¿Quién anda ahí? -preguntó alarmado.

-¡Calle usted, por Dios, abuelo! Soy gazapo Lorenzo.

-¡Criatura; si te ve Centenito!

-Dígale que se vaya y así me podré yo escapar.

Era muy difícil, porque las flores se estaban divirtiendo mucho con ella, dándole a oler cada una su esencia para que aprendiera a conocerlas, y se reían al verla estornudar siempre que aspiraba un perfume distinto.

-¿Y si os presentara? -se le ocurrió al Tomillo.

Gazapo Lorenzo se quedó helado.

-¡Por Dios, abuelo Tomillo!

Verás, muchacho; confía en mí. Y sacudiéndose con fuerza las barbas florecidas de rositas microscópicas, se lanzó a su propósito:

-Oye, Centenito; yo creo que somos muy amigos ya, ¿verdad que sí?

-¿Qué es ser amigos? -preguntó la inocente.

-¿No lo sabes aún? Pues vas a aprendértelo de memoria. Ser amigo es esto que hacemos ahora: hablar, enseñarnos cosas... no comernos ni reñir...

¿Entiendes?

-Sí, sí; ya entiendo.

-¿Somos amigos, entonces?

-¡Claro que sí!

-Bueno; pues voy a enseñarte a un nieto mío muy majo al que deberás respetar como a ti misma, por ser de mi familia. Tu madre y tu padre odian a toda mi parentela; y sin embargo yo no te he hecho daño a ti al conocerte hoy. Deberás hacer igual tú con Gazapo Lorenzo.

Y el pobrecillo apareció temblando, lloroso, con la muerte dándole frío en las patitas...

-¿Este es tu nieto? ¡Si es un conejo! -y Centenito saltó sobre él y encaramándosele le trincó el pescuezo con fuerza, dispuesta a clavarle los alfileritos de su dentadura de estreno.

La floresta hizo un movimiento de espanto. No quedó ni una flor que no se llevara las manos a la cabeza. Hasta el viento se encabritó:

-¡Centenito!

Abuelo Tomillo temblaba de ira:

-¡Traidora! ¿Para eso te enseñé yo lo que es ser amigo?

Desde el pescuezo de Gazapo Lorenzo, ella tuvo pena del escándalo de las flores; hacía sólo un minuto que se esforzaban en complacerla y ahora se ponían tristes por su culpa... Después de todo no tenía hambre. Mamá Gata le tendría un buen almuerzo en su casa.... ¿Para qué había ella de matar a este simple? Claro, que llegar allí con caza tierna, suya propia, era tentador... Se bajó de su puesto y miró fijamente al inmóvil aterrado:

-No voy a matarte -le dijo-: pero tienes que venir conmigo. No tengas miedo, que yo te defenderé. Vamos a ir a mi casa para que vean mis hermanos que te he cazado.

-¡Qué horror! Lo matarán ellos -dijo abuelo Tomillo-. Nadie le tocará. Es mío. Pero, ¡ay de él si intenta escaparse! Por la memoria de Gazapo Lorenzo cruzó su madriguera, tan confortable, con aquel olorcito de romero caliente...; las figuras respetables de Papá Lorenzo y Madre Rufina...; el bullicio de sus hermanillos... y unas lágrimas rodaron de sus redondos ojos colorados al suelo.

-No me escaparé, Centenito -prometió.

Las flores, que son criaturas confiadas y amorosas, creyeron en seguida en la ternura de la escena.

-¡Vivan Centenito y su amigo Gazapo! -chillaron con alegría-; y sesenta mariposas se marearon de olor.

Abuelo Tomillo, más cauto, no se confiaba tanto.

-¡Qué cumplas tus palabras, amiga nuestra!

La gatita se lavaba las orejas con parsimonia.

-Soy vuestra amiga; no se me olvidará.

Pocos instantes después se ponía en marcha seguida de Gazapo Lorenzo. Era precioso verla caminar con la colita erguida, esbelta, reluciente, al lado

del pobre conejín que parecía un juguete de terciopelo. El viento les acariciaba y se tendía delante de ellos para hacerles más fina la tierra.

Centenito, Gazapo Lorenzo y el arroyo

Caminaban juntos sin decirse nada. Ya había subido el sol por encima de todos los pinos y el viento se acostó a dormir un ratito entre las retamas. Sin duda Centenito se cansó de no hablar y sentándose a la orilla del arroyo que caía despacio desde unos montes muy altos, miró a su compañero maliciosamente:

-¿Te gusta correr; quieres que echemos una carrera?

Gazapo Lorenzo suspiró; su natural bondad le hacía ser confiado; pero algo vio en el gesto de la gatita que le hizo sobreponerse a su candidez.

-No quiero correr; voy muy a gusto contigo -y volvió a suspirar con melancolía.

-¿Qué dirán en tu casa al ver que no llegas?

Él puso un hocico muy largo; fue a decir: «Pues que tu madre o vosotros me habéis cogido», pero su buena crianza nativa se lo impidió.

El arroyo estaba por allí a flor de piedras, esas lisas y doradas que toman el sol como bañistas infatigables. Las orillas musgosas dejaban flotar sobre el agua finísimas pestañas verdes. Bajaban los pardillos, con sus pechuguitas encarnadas como si les sangrara una herida del minúsculo corazón, a beber con delicia; alzaban el pico al cielo, agradecidos, mientras la gotita resbalaba por la flauta de su gargantuela. Centenito se fijó en algo sorprendente: en que había otro gazapo muy parecido a Lorenzo, bañándose apacible en el diminuto remanso... ¿Alguno de los hermanos que acudía en socorro suyo? Y un estremecimiento de ira la electrizó. Gazapo Lorenzo, ajeno a todo, masticaba prudentemente la yerbecilla que se abanicaba con remilgos.

-Lorenzo -dijo la gatita- ahí está uno de tu familia; dile que se vaya, o...

El desdichado joven miró al agua, pero en lugar de ver lo que veía Centenito, lo que encontró fue otra gata que se le parecía muchísimo a ella.

-¡Si es uno de tus hermanos! -dijo espantado.

Centenito creyó que se le reía en sus bigotes y bufó destemplada:

-¡Que es un conejo!

-¡Si es un gato!

La inocencia de Lorenzo se reflejaba en su mirada redonda sobre unos piquitos de yerba que le asomaban por entre los dientes.

-Míralo desde aquí.

Y Gazapo acudió obediente; pero no vio nada.

-¡No veo! -sollozó-. Pero ven tú a donde yo estaba y verás al gato.

Corrió ella y tampoco vio nada. Mas como habían cambiado de sitio, al mirar nuevamente al arroyo se sorprendieron a un tiempo.

-¡Le veo desde aquí!

-¡Y yo!

Recelosos, creyendo que mutuamente se engañaban, se acercaron al agua: y en ella, hocico contra hocico, se hallaron a sí mismos.

-¡Si soy yo!

-¡Si somos nosotros!

Lamieron el arroyo con cuidado de no estropearse... con la esperanza de beberse sus propias figuras... Pero aquello no se acababa nunca; aunque el agua corría con prisa, pareciendo que tiraba del paisaje, la verdad es que todas las imágenes se quedaban lo mismo, un poquito temblorosas, estremecidas, como si alguien la soplara suavemente.

Centenito, que era una chica sana, se reía con júbilo.

-¡Qué tontos éramos; nos creíamos que eran otros!

Pero Gazapo Lorenzo estaba mustio el infeliz. ¡Él, que admitió la posibilidad de verse salvado de su angustia!

-No tiene remedio -pensó-; menos mal que no era otro gato más.

Y la yerbecilla húmeda le puso largos bigotes verdes que él se fue comiendo despacito mientras contemplaba ensimismado a los que les miraban desde el arroyo...

Sí y Casi-sí

Las palabras que se dicen sobre le agua que corre, siempre las oye alguien que está sentado, pescando o mirando cómo se bañan las nubes. Al encuentro del riachuelo salían todos los días unas cigüeñas muy jóvenes que acababan de iniciar sus vuelos: con sus hermosos picos cogían los pececillos que llegaban apresurados, los ojuelos muy abiertos y en los hociquillos algunas briznas del liquen verdoso del fondo del cauce...

Bebiendo estaban después de engullirse varios pececillos, cuando empezaron a oír la conversación que minutos antes sostenían Centenito y Gazapo Lorenzo. Eran dos hermanas muy parecidas estas cigüeñas; tanto, que sus padres las llamaban «Sí» y «Casi-Sí». Sí era un poquito más alta y tenía en una pata tres o cuatro plumas en remolino; eso era lo único que las diferenciaba.

-¿Has oído, Casi-Sí?

-¡Están discutiendo un gato y un conejo!

-Parece un hijo de Rufina...

-¿Verdad? Ya me lo pareció.

Se quedaron suspensas y entretanto pasaron envueltos en la corriente cinco o seis pececillos con el corazón encogidísimo.

-¡No nos han visto! -suspiraron-. ¡Gracias, Señor! y movieron las colitas con júbilo, inflando las branquias con suma alegría.

Cambiaron varias palabras más las cigüeñas y decidieron hacer una visita a la madriguera de Gazapo Lorenzo, para ver si era él quien hablaba con la gata. Llegaron pronto, pues con dos o tres aletazos las cigüeñas llegan a todas partes, y encontraron a Padre Conejo Montés muy preocupado, acarreado tomillo fresco...

-¡Buenas tardes! -dijeron a un tiempo- y se plantaron juntas delante del buen Lorenzo.

Éste levantó las manos para ponerse de pie en señal de cortesía:

-¡Buenas las tengan mis hermosas señoras! ¿Qué las trae por estos contornos?

Sí y Casi-Sí se miraron dudosas. Dijo la primera:

-Verás, amigo Lorenzo; es que estábamos almorzando en el riachuelo cuando oímos que el agua traía una corteza de palabras: las escuchamos y eran de un diálogo rarísimo entre un gato y un conejo... Nos pareció hijo tuyo, y venimos a comprobarlo.

Padre Conejo se había quedado frío; las orejas se le cayeron a los lados de la cabeza venerable, desmayadas; suspiró y prorrumpió en sollozos.

-¡Es mi hijito, Lorenzo! -dijo llorando a gritos-. ¡Mi pobre gazapín que se fue al alba y no ha regresado aún!

-Ni regresará -dijo Casi-Sí-. Se iba con el gato a su casa.

-¡Ay, Dios mío; ay!

Acudió Madre Rufina alarmadísima, y cuando se enteró de aquello arqueó los bigotes y siguió rumiando unas hojas frescas. Con su lentitud acostumbrada vio claro en el problema.

-No enloquezcas, esposo mío -dijo gravemente- reflexionemos.

-¿Qué se podrá reflexionar ya?

-Pues muy bien; si iba con un gato y hablaba con él es que vive.

Sí y Casi-Sí asintieron veloces:

-¡Claro que vive!

-Bueno; si se iba con él a su casa es que no se lo había comido todavía.

-¡Exacto!

-... Y si no se lo había comido todavía, ¿por qué es? ¿cuándo han podido ir juntos un conejo y un gato, vivo el primero y hablando los dos?

-¡Nunca!

-Pues vemos que ahí hay milagro. Yo no temo por la muerte de mi pequeño; le creo listo y con suerte; la prueba es que todavía respira en el bosque.

Padre Conejo Montés estaba maravillado de la prudente disertación de su señora; meneaba la cabeza y al fin se tendió sobre sus cargas de tomillo, pensativo y doloroso.

-¡Ojalá no se engañe tu discreción! -anheló.

Sí y Casi-Sí también callaban meditabundas. Dijo la primera:

-Si pudiéramos saber qué ha sido de él... ¿Mandaré noticias?

Madre Rufina llamó a sus hijos y les comunicó sus deducciones:

-Tú, ordenó a uno de ellos- ve y díselo todo a Dama Marica; a ver si ella puede averiguar su paradero. ¡Vuélvete pronto!

Salió disparado el buen gazapo y las cigüeñas se dispusieron a irse.

Sonaban grandes campanas y el aire movía columnas de nubes plácidas...

-Nos vamos; ya volveremos a saber qué hay. Tocan en nuestra torre y nuestros padres se asustarían si no fuéramos.

-Gracias, hermosas señoras. Recuerdos a la digna familia -y el matrimonio las saludó con respeto y cariño.

Ellas levantaron el vuelo y a poco rodeaban su campanario con esbeltos giros blancos.

Dama Marica se entera de todo

Dama Marica era una hermosa urraca que blandía con suma elegancia su blanca cola al final del brillante traje de plumas negras. Todo lo sabía, a todos sitios acudía; pero su curiosidad no era maligna; acaso contenía el buen deseo de ser útil. Una señora oficiosa, algo redicha y «méteme en todo», de las muchas que circulan por el mundo.

Oyó el entrecortado relato del gazapo y movió la cabeza con inquietud. Estaba en lo alto de un abeto y en torno suyo se agitaban las ramas con fresco rumor.

-Di a tus padres que procuraré enterarme de ese misterio. Ven a la noche y te diré lo que sepa.

Ligerísimo regresó el conejillo a su casa; allí tenían mucha confianza en la sabiduría de Dama Marica, y al oír que prometía enterarse todo, se tranquilizaron más. Ya era tarde y merendaron reunidos alrededor del tronco de un pino muy viejo que les quería mucho.

Dama Marica empezó su presuroso revoloteo; no dudó ni un punto a dónde tenía que encaminarse. La mansión de Gata Salvaje era su punto elegido. Por un extraño privilegio gozaba de la confianza de aquella y nunca riñeron por nada.

Acababan de llegar Centenito y Gazapo Lorenzo; sentados delante de los cinco gatitos y de su madre, ella contaba la pequeña historia de su encuentro...; pero los doce ojos que les miraban a los dos no infundían ninguna confianza...

Así lo comprendió Centenito y se enfureció.

-¡Ya os guardaréis de tocarle ni un pelo! He prometido respetarle y lo cumpliré.

Mamá Gata Salvaje estaba estupefacta:

-Hija mía, eres un bicho especial; hasta hoy, nunca se vio amistad semejante: conejo que encuentro, conejo que cazo; y de ellos te has alimentado tú misma.

-Y me seguiré alimentando. Pero a éste se le respetará su vida.

Mamá Gata Salvaje se quedó pensativa...; recordó que la tarde del nacimiento de sus hijos ella estuvo al acecho de Padre Lorenzo y familia, y les perdonó la vida en virtud del acontecimiento que se le avecinaba.

Nació Centenito bajo el signo de la generosidad, y, concretamente, hacia aquellos conejos determinados. Sin ser mujer de estudios, Mamá Gata tenía profundos conocimientos de muchos secretos de la vida.

-Conformes -accedió suspirando-. Pero, ¿le vas a tener en casa con nosotros? -preguntó escamada.

A Gazapo Lorenzo le pasó una niebla por los ojos, se mareó; el bosque le dio varias vueltas y se desmayó por fin. Algo muy suave pasó por aquellos animales fieros, endurecidos por ininterrumpidas cacerías... Entonces Mamá Marica creyó llegado el momento de su presencia.

-¡Amigos míos! -saludó con la finura propia de las aves-. ¿Queréis que yo guíe a este mozuelo a su casa?

Centenito tuvo pena de separarse de su amigo, mas comprendió que era inútil querer retenerle allí.

-Agradecida, Dama Marica; sois muy oportuna -maulló Mamá Gata.

Gazapo Lorenzo se reanimó al oír la voz de la vieja amiga de su familia; volvió en sí y miró con gratitud a Centenito.

-No quisiera tener que separarme de ti -se aventuró a confesar- ¿Irás a verme?

Centenito se volvía reflexiva.

-¡Buen susto para tu gente! Nos veremos en el sitio aquel del agua..., y se echó a reír al acordarse de su discusión.

-Hasta que vayas; yo acudiré con frecuencia para hablar contigo -y envalentonado por la insólita generosidad de aquellos seres, Gazapo Lorenzo besó las manos de la gatita.

Dama Marica se emocionó.

-Anda, pequeño, sígueme. Es tarde y tenemos mucho camino -y comenzó su revoloteo de rama en rama.

-¡Adiós, amigo! Un recuerdo al Abuelo Tomillo y a las flores.

Anocheecía. El aire olía a retamas quemadas. Entraron todos en su casa y se comieron en silencio unas docenas de pájaros tordos.

Centenito se acostó en seguida y durmió muy a gusto toda la noche.

Cuando Padre Lorenzo vio llegar a su hijo, ¡qué escándalo de alegría se armó en la madriguera! Se comió yerba tierna con florecitas moradas, plátanos que regaló Dama Marica (que se los había quitado de su merienda a unos excursionistas muy bobos), y se bailó hasta la madrugada a la luz de la luna, que parecía una taza de agua desbordante.

-¡Viva Centenito! -gritaban alguna vez. Y a Gazapo Lorenzo le palpitaba el corazón, porque se había enamorado locamente de ella.

Los cazadores

Un conejo, sobre ser tímido, tiene que es también agradecido. La dulzura natural de su corazón le obliga a proclamar la bondad de su amigos.

Aquella acción tan generosa de Centenito conmovió a la madriguera de Padre Conejo Montés profundamente. Madre Rufina fue de visita a varios poblados de tribus amigas, y con ese acento cálido con que las madres refieren las cosas de sus hijos, fue relatando la aventura de Gazapo Lorenzo.

-Y él, ¿qué? -indagaban las otras señoras.

Madre Rufina suspiraba; por su cabeza pasaban nieblas de misterio.

-Pues él..., verá usted; él se ha quedado muy raro; antes era juguetón, pero ahora siempre está yendo y viniendo a un riachuelo en el que se pasa las horas muertas.

Una tarde se oyeron grandes risas en el bosque; hombres jóvenes vestidos con sencillez, llevando al hombro escopetas que relucían de limpias, aparecieron por todas partes. Plantaron casas de lona blanca, con trapitos de colores en lo alto, que jugueteaban con el viento sin cesar. Cerca del riachuelo instalaron una de aquellas casas y alrededor pusieron unas pequeñas sillitas y mesitas de tijera. Dentro de la tienda de campaña, que eso eran las casas de tela, se oía el ruido, de platos, sartenes, y un humo blanquecino y bienoliente se escapaba por la abertura que en el techo aprovechaba una larga chimenea.

Eran estudiantes que iban a pasar unas vacaciones haciendo sana vida salvaje.

Aquella noche, que era de luna, coincidieron Centenito y Gazapo Lorenzo en

un recodo del agua; tanta luz tenía el lugar, que las piedrecillas del fondo saltaban a la vista como cristales ligeramente velados.

-¡Centenito!... -suspiró Gazapo Lorenzo-. ¡Hace más días que vengo!...

La gatita se lavaba la cara con cuidado mirando la luna del agua.

-¿Quiénes son esos que gritan todo el tiempo? -preguntó curiosa.

-Mi padre me advirtió contra ellos; son hombres. Ellos nos cogen para comernos -y bajando aún más la voz medrosa-: también a vosotros os persiguen para que no les hagáis la competencia...

Centenito puso ojos fieros; ya era muy fuerte en ella su derecho a la vida; aquellos seres que podrían oponérsele le inspiraron, de súbito, intenso coraje.

-¡Trabajo les doy para cogerme! -retó.

Pero su amigo estaba bien informado; movió las orejas y añadió trémulo:

-Es que no corren ellos detrás nuestro, sino unos tubos que echan humo cuando los manejan, y de los que salen bolitas que dan la muerte. Llegan a todas partes, cuando menos lo esperas...

-¿Y si corro me alcanzan?...

-A veces, no; no hay que correr en línea recta; lo peor es estarse quieto y descubierto.

Toda aquella información era de sus viejos padres; el conejito no había experimentado la persecución de los hombres... Centenito, que se pasaba de lista, vio el terror en los ojos de su amigo y quiso inspirarle confianza.

-¡Bah! Yo te protejo.

Gazapo Lorenzo suspiró con pena:

-¡Tendrás bastante con cuidar de ti mientras esta gente viva en el bosque!

No se oía nada. El agua se devanaba sin descanso de la gran rueda de la fuente. Desgarrándose a veces entre los pedruscos lograba llegar hasta un río más copioso, donde desenvolvía el rollo diáfano de su tejido sutil. La tierra entera está llena de cintas cuyo color cambia como la luz y con ella; de túnicas anchas con las que se viste de catedrales y palacios, de jardines, todos levantados a orillas mismas de esas túnicas del agua; y sostiene también la tierra sobre su pecho inmensos mantos verdes, sobre los cuales el firmamento entero vuelca su arca fabulosa de astros.

Por primera vez se levantaba ante Centenito un enemigo de respeto. ¿Y qué había que temerle? Que la atacara a ella. ¿Por qué? Porque ella cazaba conejos, lo mismo que este enemigo venía a hacer en el bosque. La lucha dramática del más fuerte se abría vigorosamente. Había que tiranizar desde ella hacia abajo, puesto que desde ella para arriba la tiranía se ejercía a la inversa. Cada animal es el déspota de los otros más chicos, y toda su vida tiene que encauzarse y defenderse...

-¿Qué piensas? -le dijo Gazapo Lorenzo con cariño.

-Que tendremos que escondernos, o irnos, para que no nos cojan. Y si nos ven... -su mirada relampagueó como un cuchillo- me lanzaré a uno y le arañaré hasta matarle.

-Eso lo podrás hacer tú. Yo, ¡pobre de mí!, sucumbiría.

-Escóndete bien.

Diéronse un abrazo que dejó en Centenito un fresco perfume de yerba, y en Gazapo Lorenzo un lejano olor a familia amiga, alguno de cuyos componentes había sido la cena de Centenito y hermanos... Poco a poco se iba

obscurciendo el agua, volviéndose muda, pues la luna estaba tan subida que los pájaros necesitaban escaleras para alcanzarla. Rumbos distintos tomaron los amigos. En la madriguera Padre Conejo fumaba muy serio y Madre Rufina hacía calceta.

-¿Dijiste a la gata que los hombres son peligrosos?

-Sí.

-¿Y qué te dijo?

-¡Que ella me protege!

-Es un alma de Dios tu amiga. Bien hará en conservarse ella.

-Ya se lo advertí -y se acostó el conejillo para pensar más a sus anchas.

Un gallo que vigilaba el proceso de la luna notó que se había vaciado toda su luz y que el cielo se ponía pálido, como asustado de la aparición dorada que teñía lejana franja del horizonte.

-¿Qué será ello? ¡ki-ki-ri-kí! ¿Nadie ve lo que ocurre allá arriba?

¡ki-ki-ri-kí!

A su alborotada alarma respondieron picados otros pacientes observadores del fenómeno:

-Ya lo vemos, ¡ki-ki-ri-kí! Lo vemos como tú, ki-ki-ri-kí.

-¡Se pone rojo el cielo!

-¡Ki-ki-ri-kí; mirad al cielo!

Y los pájaros, que son más listos y graciosos que los gallos, revelaron en seguida el secreto:

-¡Ángeles son, que viene el alba!

El bosque entero recibió una lluvia de cánticos, de brisas de vuelos ágiles... El día sorprendió a Centenito sentada junto a Abuelo Tomillo y abrazada a unas dalias silvestres de color de fresa y blancas.

Centenito es preguntona

Mamá Gata Salvaje tenía mal humor y lo conllevaba mordisqueándose con gruñidos las numerosas pulgas que se alojaban cómodamente entre su abundosísima pelambre.

Por la mañanita, dentro de sus dominios y delante de sus ojos audaces, los cazadores cogieron varios conejos heridos de dos acertados disparos. Si aquellos endiablados seguían mucho tiempo allí, cuando se marcharan no iban a dejar ni un conejo para muestra.

Centenito, que era curiosa y recordaba con interés las advertencias de Gazapo Lorenzo, se acercó a su madre e interrumpió aquella inútil ocupación de sus dientes.

-Oye, madre: ¿qué son los hombres?

Un enorme bufido fue el preámbulo de la respuesta.

-¿No los has visto ya?

-Sí, pero quiero que tú me lo expliques.

Se detuvo Mamá Gata y suspiró.

-Huyendo de ellos -comenzó- mi padre se vino al bosque. Vivía en el pueblo, en casa del Boticario; allí le obligaban a cazar ratas, y el día que no presentaba ninguna no le daban de comer. Cuando pedía, le echaban a patadas, y si él, que era orgulloso, sacaba las uñas al acariciarle

después sus amos sin ton ni son, le castigaban con brutalidad. Los boticarios y sus familias, nos contaba mi padre, son unas gentes que huelen muy mal y que siempre están machacando cosas repugnantes en sus cocinas. Si alguna vez se acercaba con hambre a las vasijas y probaba de lo que tenían dentro, se ponía muy malo y le dolía la tripa que parecía que se iba a morir. En vista de todo lo cual, decidió marcharse de allí. Se vino al bosque y se casó con mi madre, que era montesa de raza.

Centenito dedujo con soltura:

-Entonces los hombres son boticarios -y se fue con el rabo muy tieso a dar una vuelta por los alrededores.

-¡No te confíes y vuelvas tarde, chiquita! -le maulló previsora su madre.

Dama Marica se entretenía en picotear cualquier cosa en lo alto de un pino joven. Su brillante vestido negro estaba impecable.

-¿A dónde va la gatita más linda que yo conozco? -gritó al ver a

Centenito.

Esta dio varios saltitos de costado, enarcó el lomo y puso el rabo como un plumero.

-¡Dama Marica, es usted muy amable! -dijo con maulliditos de cortesía; y se acordó de su abuelo el que se escapó de la botica-. Dígame una cosa:

¿qué son los hombres?

La urraca suspiró y por poco se le cae del pico lo que tenía dentro.

-¿No los has visto ya?

- Sí, a esos que hay en el riachuelo... Pero no sé bien lo que son los hombres.

-Pues, hija, son grandes y pocas veces hermosos; siempre traen paquetes con latas de sardinas y plátanos, cajitas de anchoas y mariscos sin cáscara, tortillas de patata entre grandes pedazos de pan... En ocasiones, y éstos son más bastos que los otros, encienden fogatas que ponen en peligro grave el pinar, y allí guisan un arroz espantoso que se comen todos en la misma sartén diciendo que está riquísimo. Cuando se van se dejan el sitio lleno de papeles con grasa, pellejos de fruta y huesos de aceitunas... Los hombres son excursionistas.

Centenito se lavó los bigotes y ronroneó despacito... Tampoco se quedó contenta con aquella explicación acerca de la humana gente.

-Gracias -dijo levantándose, y se fue a visitar a Abuelo Tomillo y a sus hermanas.

Estaban todos sumamente alicaídos; parecía que sobre ellos descargó una nube de granizo; hasta hojas secas había al pie de las más esbeltas flores; pertenecían a las vencidas por la temperatura, por el viento quizá. Cuando Abuelo Tomillo vio llegar a Centenito la jaleó galante:

-¡Olé las gatitas saladas y finas! ¿De dónde sacas esa piel tan brillante y esos bigotines?

-Menos burla, Abuelo Tomillo.

-¡Que no, que no; que eres muy linda! -corearon las flores-. ¿Qué buscas hoy por aquí? Hace mucho tiempo que no venías a vernos. ¿Qué te pasa?

-Yo quería preguntaros si sabéis qué son los hombres.

Las flores se miraron confusas.

-¿No los conoces aún? -ella hizo un movimiento vago-. Nosotras, a quienes conocemos mejor es a las mujeres.

-¿Ellas no son hombres?

-De ellas nacen, para ellas viven y por ellas odian y trabajan. Conocerlas es igual que conocerlos a ellos.

-¿Y qué hacen?

-Vienen cantando, saltando, y algunas son jóvenes y tiernas, se ríen a gritos; pero otras son viejas y están de mal humor. Las primeras nos cogen para hacer ramilletes y clavarnos en su seno. Las demás nos deshojan para preguntarnos cosas absurdas, a las que contestamos de cualquier modo, aburridísimas. Los hombres deben ser muy tontos, pues que ellas lo son tanto. ¡Nunca viene ninguna que nos contemple, nos elogie y se vaya dejándonos tranquilas!

Abuelo Tomillo suspiró corroborador:

-De mí sé decir que tanto ellas como ellos me quitan unas ramitas y ponen los ojos en blanco para decir: «¡Tomillo; qué bien hueles a campo!». Jamás se les olvida esta exclamación.

Centenito se encogió como si fuera a saltar sobre toda la creación.

Abuelo Tomillo añadió:

-También vienen unos hombres con gafas y guardapolvo que cogen las hierbas, las meten en un saco y las venden luego en paquetes para curar no sé cuántas cosas, según se les oye asegurar. No quiero olvidar a otros, viejos y panzudos, que nos ponen un ojo muy grande de cristal encima y nos explican a los chicos que vienen con ellos, diciendo de nosotros unas cosas rarísimas. Yo creo, hija mía -concluyó-, que los hombres son unos charlatanes.

A Centenito se le ponía el pelo erizado y daba saltos jugando con unas plumillas que se desprendían de los árboles.

-Y vosotros, ¿qué decís de los hombres? -preguntoles alargando el cuello. Se movió el ala inmensa de las copas olorosas y tomó la palabra un pino de edad:

-A nosotros nos buscan los hombres para muchas más cosas. Unos vienen y se acuestan debajo, respirándonos para sanarse; otros, se limitan a recoger las piñas que desechamos con frecuencia; otros, muy fuertes y despiadados, traen hachas con las cuales nos hieren y sangran infatigables; a veces, hasta nos derriban entonces les oímos decir que sacarán de nosotros mesas, sillas, puertas, y palos de barco, astas de banderas... No entendemos nada, pero les perdonamos y procuramos no caer sobre ellos, porque entonces serían ellos los muertos. Si alguno de nosotros se indigna de verse atacado y se les desploma encima, todos sufrimos por el hombre muerto. Los hombres -y el pino elevó los ojos con tristeza- unas veces nos acarician y otras nos rechazan; pero siempre nos buscan.

Centenito determinó:

-Están locos. No me gusta lo que me contáis -dijo con mal humor.

Las flores suspiraron; tampoco a ellas les gustaba nada todo aquello; pero súbitamente saltó una: era azul, y sobre ella volaba una mariposa tan azul como ella misma.

-Yo tengo que decir que sí conozco a un hombre y una mujer mejores que los que decís. Llegaron de tarde, en primavera, y él se arrodilló delante de mi rama y cantó palabras que olían como nosotras.

-Y tú, mariposa, ¿qué me cuentas tú?

-¡Oh! Lo mío es peor. Yo soy una flor que vuela, sin meterme con nadie; y detrás de mí corren chicos y grandes con unas redes de color en las que me

cuelo sin sentir. Si son chicos, me destrozan o me guardan entre hojas de libros. Si son hombres viejos, me clavan un alfiler y me cuelgan un letrerito dentro de una vitrina.

La gata se alejaba y oyó el final como brisa que acariciara sus orejas... Se acercó al agua, que le sonreía radiante, y que sin esperar su pregunta le dijo con voz tibia:

-Te he oído cuando hablabas con todos esos. ¡Parece mentira las cosas que te dijeron! Los hombres vienen a mí corriendo, desnudos, y se me lanzan con júbilo. Yo los visto con mantos delicados, les moldeo torsos y piernas, y me acuesto sobre ellos cuando flotan como hojas blancas o morenas en mi corriente. Nadan igual que los peces, y sus cabellos se me escurren como las algas. Pocos son los que me llegan limpios; los más vienen sucios, desharrapados, y a éstos los visto piadosamente con el mejor vestido que podrían lucir...

-¿Quién es mejor: la mujer o el hombre?

El agua siguió sonriendo sin contestar en voz alta: ¿soñaba, dormía en paz?... La gatita se marchó pensativa y en una encrucijada, donde latían álamos y chopos, suspiró resumiendo:

-¡Pues no he aprendido bien cómo son los hombres!

Con Excelencia Topo y contra Renacuajo

Los pies son muy interesantes. Sin mirar el resto de su poseedor uno se da cuenta en el acto de la categoría del mismo, de su calidad, de su gusto y hasta de su carácter. Claro que para tales observaciones hay que estar situado en un nivel inferior al de los pies observados, pues de otro modo resulta difícil darse cuenta minuciosa.

Por aquellos días Centenito hizo conocimiento con un señor divinamente vestido con traje de piel espesa, pero que andaba bajo tierra porque de muy antiguo su familia tenía desavenencias con el sol; consecuencia de ello era que veía muy mal. Rara fue la oportunidad que les hizo amigos: un atardecer, después que el sol traspuso el cerro, asomó el hociquito curioso del personaje por un agujero pequeño, se movió a derecha e izquierda y oliendo a la gatita que estaba allí echada, y que por su parte le observaba sorprendida, preguntó cortés:

-¿Quién está ahí? Dispéñeme, soy corto de vista y no alcanzo...

-Yo soy Centenito -y como él abría mucho los ojos turbios, aclaró-: soy una gata.

-¡Ah! ¿soltera; joven o vieja?

-Soltera; tengo dos meses.

-Muchas gracias. Pues aquí está un servidor suyo, Excelencia Topo, para lo que usted guste, señorita.

Las dos manitas del caballero eran monísimas, coloraditas y con menudos dedos provistos de afiladas uñas; las mantenía hincadas en el borde del agujero y no se decidía a salir del todo. Centenito se acostó a su lado y se puso a considerar las cosas que en torno suyo emergían a la siempre viva curiosidad.

-¿Qué hace usted para vivir? -indagó-. Pero Excelencia Topo estaba como

abstraído y no dijo nada. A poco, después de un suspiro, se dispuso a retirarse.

-Me vuelvo a casa, Centenito; hasta otro día -y se ocultó misteriosamente-. Ella metió una mano por el agujero y no encontró nada en él; se quedó echada y entonces empezó a ver cosas nuevas. ¡Era un día de extrañas revelaciones!

Primero pasaron dos pies muy sucios metidos en unas esparteñas rotísimas; estaban flacos, sus talones eran como de piedra, y les caían encima vellos copiosos desde los tobillos... Avanzaban despacio, torpes, deteniéndose cansados; debían ser de alguno que llevara encima abundante carga. Subiendo la mirada por los tobillos se encontró con unos pantalones viejos y deshilachados, al final de los cuales asomaba una cabeza hirsuta con varios haces de leña...

Entre el leñador y los pies siguientes se coló un perforante silbido, que hizo a la gata sacudir las orejas. Pronto, unos bien calzados pies hicieron su aparición; eran estrechos y largos, vestían de piel color de avellana clara y se abrochaban con cierres fuertes de metal sin brillo. Su soltura, su decisión y una energía radiante los hacían dueños del suelo. La alfombra de hojas secas crujía complaciente y dijérase que el monte se ponía a las órdenes de aquellos pies hechos a mandar en lo que pisaban. Ligeros, menudos, les seguían otros dos, forrados de piel azul gruesa; eran tan delicados que las hojas -que debían ser finas conocedoras del mundo- se apagaron para no asustarlos. Parecían alados, tan poco se apoyaban en la tierra. Centenito levantó los ojos y conoció al poseedor de los pies firmes, que se adivinaban limpiísimos, tal era su elasticidad y gracia: era un muchacho con pantalón negro y jersey blanco; y la dueña de los pies ligeros era joven y llevaba una faldita azul y una blusa amarilla... Los dos conservaban desnudas las piernas bronceadas por el aire y el sol. Pero... ¡cielos del bosque!, iban seguidos por cuatro pies menudos, redondos; por cuatro patas oscuras que pertenecían a un bicho desconocido para la gata, que, no obstante, al verle sintió que la sangre se le subía a la cabeza y que un mandato brutal la ordenaba saltar sobre él! Así lo hizo, enloquecida, y ambos rodaron chillando y mordiéndose desesperados.

Los dos pies color avellana se detuvieron en seco, mientras los otros azules escapaban. Se oyeron las voces, aguda y firme, mezcladas:

-¡Un gato salvaje! ¡Salva al perro, Miguel!

-Es muy chico, no te asustes. ¡Eh, Renacuajo! ¡Fuera, sus, largo! -y el hombre tuvo el valor de agarrar con fuerza a su perrito y sacarlo de las garras de la furibunda gata.

Desde lo alto del jersey blanco una voluntad nueva se imponía a Centenito, que la hubiera aceptado sin esfuerzo, porque le gustaron mucho los pies de su amo, pero ¡ah!, que en los brazos de aquél se movía iracundo el feo animalucho que trastornó su juicio tan violentamente.

-¡Que se te va a tirar, que lo veo yo! -gritaba con angustia la muchacha.

-No tengas miedo, es una cría.

Había que ver a la «cría», con el rabo inflamado, los ojos echando llamas y un maullido furioso entre los bigotes. Ella misma no sabía lo que le pasaba, pero ver al llamado Renacuajo le causaba un deseo espantoso y desconocido de morderle el pescuezo.

-Vámonos -dijo el hombre-, que esta pequeña fiera es capaz de arrojarse otra vez sobre el desdichado Renacuajo.

-¡Pobrecito perro, tan bonachón e inocente! ¿quién le iba a decir a él este jaleo? -y se marcharon tan aprisa que Centenito dejó de verles en seguida.

Un silencio enorme cayó sobre ella. Despacio se pasó la lengua por donde los dientes del perro anduvieron brevemente, y se acostó para hacer la operación con mayor comodidad.

Suaves, como si apagaran la tierra, amorosos, llegaron unos pies descalzos; eran pequeños, pero seguros; uno de ellos estaba cruzado por una cicatriz rojiza. Caminaban valientes, y con levedad sin embargo; sobre ellos se erguían finas piernas sin vello, y arriba de todo sonreía la rubia cabeza de un chico. Se inclinó y acercó su mano confiadamente a la gata.

-¡Gatita! -dijo con sorpresa.

Rápidos, otros pies descalzos y anchotes, con los dedos gordos separados, llegaron allí. Eran pies de caminante y estaban duros como la madera. Su dueño tenía barbas largas y ojos azules. Dijo al niño:

-¡Cuidado, Pepito! Es montesa.

-¿Araña?

-Se te tirará a los ojos si la tocas.

-¡Oh!

Centenito tuvo pena del gesto de terror del pequeño, y se sintió arrastrada por la violencia anterior contra los piezotes del barbudo hombrón.

Ya se alejaban los dos; y ella se asomó al camino un poco desencantada...

Al perderse ya de su horizonte, vio que el niño se paraba y la miraba con afán; entonces latió su corazón y se puso a saltar de contento.

-¡Estos pies sí que son bonitos!... -pensaba-. ¿Vendrán por aquí más veces?

La sombra cuádruple de los de Renacuajo entoldó su mirada; ¡qué asco de bicho!, y se llamaba «perro». No lo olvidaría, no.

Por el camino, de regreso a su casa, fue pensando en todo lo que había conocido aquel día, y que la enriquecía de novedades. Todo habría que contárselo a Gazapo Lorenzo, al que hacía muchos días que no se encontraba en el sitio de costumbre.

Dijo varias veces «miau, miau» al pasar por el riachuelo, y el agua se los agrandó con suave murmullo. Era una hermosa noche sin un solo ruido que la turbara.

Centenito, prisionera

Los cinco hermanos de Centenito trajeron cada uno un pájaro.

-Los hemos cogido de un montón muy grande que hay cerca, dijeron a su madre; y ella se fue a ver aquel prodigio y aprovecharse de él con abundancia.

Comieron e invitaron a su hermana; tenían muchas ganas de jugar y se dedicaron a morderse concienzudamente las orejas los unos a los otros.

Luego se descubrieron algo graciosísimo: sus propios rabos, y ¡había que verles dando vueltas para cogérselos y morderlos!

Como el riachuelo corría cerca, uno de sus canalillos pasaba por la puerta de la casa de Mamá Gata Salvaje, y los gatines andaban por él mojándose las patas con suma satisfacción. Jugando, corriendo, hechos una bola los seis, fueron a parar dentro del agua; la risa les impedía desenredarse, cuando notaron que algo nuevo se introducía entre ellos removiéndolos. Al mismo tiempo; una voz aguda decía:

-Éste debe ser el ladrón. ¡Quitarme mis pájaros! Ahora verás tú.

Y brazos musculosos se vieron atacados por el gato escogido, que arañó uno de ellos con furia; inútil todo; el brazo, aunque herido, no cedía en su presión, y mientras, otra mano ahuyentaba a palos al resto de la familia, se llevó consigo al animal, que se revolvía como un ciclón. Del infierno debió salir una jaula y a ella, fue a parar el pobre gatito minutos antes tan dichoso.

¿Qué harían?...

Dos chicos audaces caminaron un rato, y al fin se detuvieron junto a un morral repleto; lo cogieron y echándose a la espalda, el que no conducía la jaula, siguieron andando. El prisionero, afligido, furioso, veía a través de los barrotes el bosque idolatrado; oía a los pájaros cantar; veía el riachuelo correr... ¿Qué delito había cometido para merecer tal castigo?... ¡Ni siquiera participó de la caza con sus hermanos, y se limitó a aceptar un muslo de los pajarillos que ellos trajeron a casa! Sin embargo, ellos, los culpables, quedaban en libertad, y ella, ¡nuestra Centenito!, era llevada en una jaula nadie sabía a dónde, ni por qué...

Cuando mayor era su duelo y los ojos se les deshacían en lágrimas, el chico que cargaba el morral decidió pararse:

-¡Eh, Pepe! Vamos a tomar un bocado.

Y Centenito reconoció entonces en el que la metió en la jaula al niño de los pies alegres y la mano confiada que días antes encontró en el bosque.

-¿Es cerval?... -preguntaba éste.

-No; está cruzado de montés y doméstico. Pero es precioso; parece hembra.

Y los dos muchachos la miraban con simpatía.

-¿Me la das, Pepe?

A Centenito se le puso un nudo en la garganta. ¡Ella que era libre, libre, verse así tratada! Pero, al menos, si la conservara el de los bonitos pies...

-No. Es mía. La quiero para mí. Coge tú otro. ¡Buen trabajo me ha costado!

-y exhibía sus arañazos sangrantes.

-¡Cá, hombre! Yo no vuelvo por allí; me sacarían los ojos.

Y después de comer el pan y el queso, se levantaron para seguir su ruta.

Dentro del morral iban los pájaros, y en la jaula, la gata: humillada, triste, bufando todo el tiempo.

Atrás, quedaban los árboles, las mariposas, Abuelo Tomillo. Dama Marica, Gazapo Lorenzo..., ¡todos los seres de su libertad! ¡Ay, Mamá Gata: qué furia dolorosa la tuya cuando te vieras sin tu niña!

Un pueblo se venía encima. Todas sus chimeneas echaban humo como si tiraran de los tejados para llevarlos al mar. Rumor de gentes, pisadas de caballos, las fuentes con su escándalo continuo...

-¿Qué te dirá tu abuela cuando aparezcas con la gata?

-No sé; pero es mía.

La vida abría un ancho corredor por donde Centenito habría de ingresar prisionera.

Y el mediodía estalló por los picos de ciento o más de gallos bajo la moneda del sol, que es la que Dios usa para comprar el amor de los hombres.

Después del secuestro de Centenito

Aquella primera noche del rapto de Centenito voló un gran huracán sobre el bosque. Los arcángeles que custodian la transparencia de las aguas, tuvieron miedo; y asimismo el enano que sale a medianoche para tallar el brillante rojo del sol. Las flores se quebraron en muchos tallos y multitud de ramas tiernas se descolgaron de los árboles.

Mamá Gata Salvaje llegó tarde a su casa y se encontró con la falta de su hijita.

-¿Y vuestra hermana? -preguntó con recelo-. Y entre suspiros oyó el relato de su desdicha.

¿Qué hacer en semejante caso? ¿Buscaría al Gato inmenso que preside las tribus salvajes del bosque o consultaría a la Rana que todo lo adivinaba, sumergiéndose con plumitas de ruiseñor en la boca, tres veces tres sin decir palabra?...

Besó a sus hijos y se acostó llorando; ¡Centenito era tan alegre, tan simpática, que parecían todos sin vida al no estar allí ella! Mientras tanto, el huracán empujaba los pinos, sacudía los chopos, subía y bajaba por los álamos, desgredaba a los sauces y ponía en la yerba un temblor misterioso. Ecos de ganados que pacían en las alturas bajaban a bocanadas. Las fuentes no se interrumpían nunca, y entre el estruendo sobresalían como campanas alegres y despreocupadas.

Pronto se supo en el bosque que había sido robada Centenito. En muchísimas madrigueras lo celebraron, es verdad; pero entre los hijos de padre Conejo Montés se comentó la noticia con gran pena. Gazapo Lorenzo se echó a llorar sin consuelo, y tomando la bendición de sus padres se retiró a hacer vida solitaria; escogió una ladera casi pelada y en ella abrió una cueva donde pensó vivir el resto de sus días. Por allí había muchas perdices y contemplarlas en felices bandadas era su única distracción. Ellas acabaron por quererle mucho, viéndole siempre solo, trabajando en su huerta, fumando pensativo y callado como si no supiera nada del mundo. Ni Dama Marica ni Abuelo Tomillo se explicaban la desgracia habida; daban por muerta a la gatita. Pues ellos se decían:

-¿Qué va a hacer una gata salvaje entre los hombres? Les arañará y morderá; les romperá sus cosas y ellos acabarán por matarla... O quizá ella se escape un día... ¿Y si se escapara y la viéramos otra vez con nosotros? ¡Qué alegría!

Cuando el tiempo pasó y perdieron la esperanza del regreso, los árboles dejaron caer sus mejores hojas en homenaje a la perdida. Tres veces tres bajó y subió la Rana en silencio, y dijo así a Mamá Gata Salvaje:
-Dígote que a Centenito nada malo le ocurre ni le ocurrirá. Nació cuando en los astros corrían buenas luces. Su signo es afortunado. Vive entre los hombres, que la querrán, y siempre irá mejorando su suerte. No sé, quizá sí, si algún día volverá al bosque... Pero entonces nos encontrará a muy pocos de los presentes -y se zambulló definitivamente porque la esperaban sus renacuajos para tomar la lección de matemáticas.
Difundiose la adivinación por la selva y cada uno la recibió con su gesto. Gazapo Lorenzo la supo por un hermano suyo que iba de vez en cuando a verle de parte de Madre Rufina.
-Me cuidaré -se dijo- para verla cuando vuelva.
Y Abuelo Tomillo supo que él ya no la vería más, ni Dama Marica, porque ellos eran personajes de breve andar por la tierra.

Huida de Centenito con Ratón Gutiérrez

Antes de que nadie se enterara de su llegada, Centenito tuvo ocasión de hacer experiencias en su nuevo domicilio. La había soltado su cazador en una habitación poco alumbrada, dejando la jaula al pie de un mueble oscuro que tenía la superficie brillante, y ella al pronto creyó que el tan conocido riachuelo se había venido tras sus pasos y crecía de abajo arriba como un árbol. Se empinó con cuidado, y se vio erizada, los ojos muy abiertos y las orejas de punta. Tenía estampa de susto, lo comprendió; acercándose a su imagen para bebérsela, como tantas veces hizo en el bosque, su lengua resbaló por algo muy frío y pulido que no sabía a nada y que no se acababa nunca, ni se tragaba... Separose para tratar de descifrar el misterio: un resplandor ligero, brumoso, se rompía allí siempre; sombras de objetos se bañaban en el inmóvil riachuelo; como de humo muy batido se levantaban confusas imágenes alrededor de la cabeza espantada de Centenito... ¿Qué era aquello?... En la imposibilidad de comprenderlo desistió por el momento y se quedó sentada en frente, sobre la jaula que la trajo, muy guardadas sus manitas blandas y peludas, con el entrecejo fruncido.

En torno suyo nada se movía; los bultos que poblaban la estancia tenían un raro olor que no se parecía al de la selva; todo emanaba un vaho como de yerba vieja y pisoteada; quizá nunca, entró aquí el viento, ese gran hombrón que se abre camino respirando tumultuosamente y al que nadie osa oponérsele en los montes.

Súbitamente, un ruidito; algo muy chico ingresaba en la oscuridad; la gatita no se movió una línea.

-¿Serán pájaros? -se preguntó.

Pero pronto se dio cuenta que aquellos no entrarían donde nunca lo hizo el aire. Breves arañazos, unas carrerillas... Sin proponérselo, a Centenito se le inflamó el rabo.

-¿Quién anda ahí? -dijo con mal humor.

Una vocecilla insignificante respondió:

-Usted dispense, soy Ratón Gutiérrez, tenedor de libros. ¿Y usted?
Centenito bufó. ¡Un ratón! ¿Qué cosa sería?

-Yo soy la gata Centenito -se dignó contestar.

Un salto y se advirtió que el interlocutor se parapetaba:

-¡Una gata, Dios mío! -chilló con angustia.

-Una gata. ¿Y qué? ¿No está usted conforme? Yo tampoco con estar aquí.

Ábrame la puerta y nos quedaremos los dos tranquilos.

Silencio. Ratón Gutiérrez suspiró muy fuerte:

-¡Ayayay!

-¿Está usted enfermo?

-Creo que sí, y de enfermedad sumamente contagiosa.

-¿De veras?

-¡Ya lo creo! El Dr. le dijo a mi esposa que mi carne está envenenada por unas fiebres malignas que vengo padeciendo...

A Centenito no le importaba nada todo aquello; se asfixiaba del mal olor, de calor y le dolía la cabeza fuertemente. Era la hora sagrada del bosque, cuando los árboles emprenden sus confianzas y todos los animales salen a cazarse los unos a los otros.

-¿Por qué me cuenta usted todas esas porquerías? ¿Le he preguntado yo por los detalles de su enfermedad, o le he dicho yo algo de mi salud?

Ratón Gutiérrez se franqueó:

-Se lo dije por si intentaba usted cogerme que no fuera a comerme y entonces se pusiera enferma... ¡Trabajaba en favor suyo!

En el espejo -pues era un espejo lo que Centenito creía riachuelo-, se hundía un reflejo vivo que llegaba ahora por una rendija frontera...

Centenito vio en él las orejas agudas de una cabeza desconocida, pero nada respetable, bigotuda... Se puso a reír locamente.

-¿A comérmelo yo a usted? ¡Ja, jay! Yo no como bichos feos; yo como pájaros, conejos, liebres, perdices, piñones.... Viva usted tranquilo, Ratón Gutiérrez.

-Sí, sí -dijo el otro con sorna-. Conozco el truco; yo me confío, me acerco, y ¡zas!, a la tripa. No me engañará ningún gato; estoy bien enseñado.

Centenito le despreció profundamente.

-¡Valiente tonto! Acaban de cazarme a mí en mi propia casa, me han metido aquí no sé para qué y se figura que tengo humor para comérmelo sin saber qué es ni si me va a gustar o no. Además, que no tengo ganas de probar platos nuevos.

Algo hubo en su despectivo acento que convenció a Ratón Gutiérrez. Emergió de su escondrijo y se acercó a Centenito.

-Es verdad que no es como los demás gatos que yo conozco. ¿No nació en el pueblo?

-Soy del monte.

-¿Y no sabe qué vino a hacer aquí?

-No.

La luz en el espejo era ya más ancha y podían verse dentro los dialogantes.

-Me figuro que lo sé yo...

-¿Sí? ¡Pues dígamelo!

Ratón Gutiérrez puso una voz trágica:

-¡La trajeron aquí para que nos cazara a nosotros! Somos una familia de ratones que vive muchos años en las bodegas de esta casa. Por fuerza la trajeron para que acabara con nosotros.

-¡Pero si a mí no me gustáis!

-Eso no lo saben ellos.

-Ya se enterarán.

Por la mente de Ratón Gutiérrez cruzó una idea magistral.

-Diga usted, doña Centenito; ¿quiere escaparse?

La gata dio un salto y la infeliz se asustó.

-¡Ahora mismo! -gritó.

-Véngase conmigo. Sígame.

Descendió Centenito de la jaula y empezó a caminar tras del ratón... A la puerta de una oscurísima galería maloliente se detuvo asqueada.

En la bodega

-¿No entra usted? ¿Tiene miedo? -preguntó con finura Ratón Gutiérrez.

-¿Miedo yo? -movió el rabo, que parecía más de zorra que de gata-. Es que me repugna la peste que sale de ahí.

-¿Peste? -Ratón Gutiérrez se admiró-. ¡Si huele a gloria, hija mía!

Por un momento se cruzaron los paisajes olfativos de los dos: la libre tierra y los sótanos.

-Vamos aprisa; quiero enseñarle mis dominios antes de que se marche.

Centenito hizo un esfuerzo y siguió andando. Después de atravesar unos agujeros grandotes se halló en una escalera vieja de madera al final de la cual se extendía un feísimo panorama: del techo pendía una lucecilla mísera que alumbraba la bodega; grandes tinajas, odres, toneles, cajas y botes se agrupaban, sin orden; de un rincón lleno de zapatos viejos salió chillando un familiar de Ratón Gutiérrez.

-¡Socorro, que viene un gato!

-¡Cállate, Tecla! Es una amiga de confianza.

Pero Tecla, tembloteando, no se avenía a razones.

-¡Socorro, mi marido está loco! ¡Un gato, un gato!...

En un instante se vieron acorralados por centenares de ratas y ratoncitos que en su pánico abandonaban sus escondrijos seguros para exponerse al enorme peligro que les anunciaba la desgraciada señora de Gutiérrez.

-¡Calma, hijos míos, calma! -recomendaba el buen señor-. Calma, tías y primos. He dicho que se trata de una amiga de confianza.

-¿A qué vienes aquí? -indagó fosca una de las grises y bigotudas tías.

-Va de paso; se marchará en cuanto yo le enseñe nuestra mansión.

Un rumor sordo acogió sus palabras; poco a poco se fue tranquilizando aquella población ratonil, y Centenito que sufría bascas constantes se enteró de una cosa más: del terror infinito que su presencia infundía en aquellos seres tan ridículos. Pero era tal el asco que le inspiraba aquel mundo pestífero, que carecía de humor hasta para sonreír.

-Pase usted, doña Centenito, pase usted. Esta es la bodega de una tienda muy modesta en apariencia, pero que tiene buenos quesos y mejores embutidos. Desde tiempo inmemorial se establecieron aquí mis antepasados y

ha sido inútil que pretendan arrojarnos. ¡Mi raza -y se irguió para pronunciar estas frases- es tenaz y conquistadora! En este libro -y mostró uno muy gordo orgullosamente- anoto yo las adquisiciones nuestras y también llevo las cuentas de la familia que vive en la vecina taberna. Tecla, que ya se había tranquilizado al ver cómo su marido hablaba con la gata amistosamente, metió baza, como es costumbre en todas las esposas mal educadas y resabidas.

-Mi esposo, ahí donde le ve usted, señora gata, es un talento. Y todo lo sabe por él solo, que conste. Nadie le ha enseñado nada, nadie.

Los ratoncitos, entre los cuales había varios con gafas, asintieron:

-¡Mi papá es un sabio!

Las tías, limpiándose los bigotes, corearon:

-Ratón Gutiérrez, no es porque sea sobrino nuestro, es muy leído, sí señora.

A Centenito le daba vueltas la cabeza; tan pronto una tinaja se lo ofrecía de costado, como un tonel se le achicaba como si se lo llevara alguien muy lejos. ¿Cuándo se volvería a ver en el monte, con los suyos, fuera de aquel antro cochambroso donde se elogiaban los unos a los otros, y los otros a los unos, como si ella hubiera manifestado afán de saber sus cualidades y aptitudes?

-¿Por dónde se sale de aquí? -bufó congestionada-. ¡Quiero irme en seguida! -y se erizó, arqueó el lomo y puso un jopo imponente.

-¡Jesús, doña Centenito! Ahora mismo se lo diré.

Y Ratón Gutiérrez cerró el libro con sobresalto, se caló los lentes que acababa de entregarle su señora, y apartando con un gesto a la tribu se dirigió a un extremo de la bodega.

-¡Ayudadme vosotros, chicos, a destapar la gatera! -ordenó. Como uno sólo acudieron veinte o treinta ratoncillos que con celeridad ejemplar empezaron a desescombrar el agujero redondo por donde antaño entraban los gatos a cazar las ratas de la bodega.

Tímidamente, mientras la limpieza se llevaba a efecto, Ratón Gutiérrez informaba a la gata:

-Por la gatera venían nuestros enemigos; pero en cuanto yo me hice jefe de la familia ideé taptarla y desde entonces no ha vuelto ninguno.

-¡Sí; yo que, en vez de entrar, salgo!

-Efectivamente. ¡Qué cosa es la vida!

El agujero, rodeado de basura y de piedrecillas, se veía negro ya; por él entraba la oscura presencia de la calle...

-Ya está libre el camino; por ahí saldrá usted a la calle, cerca del Ayuntamiento. A estas horas hay gente oyendo la radio en la plazoleta.

¡Buena suerte!

Centenito gruñó su gratitud y toda arrebatada se lanzó a lo desconocido: ¿dónde estaría el monte; por dónde se llegaría antes a él? La cabeza fuera, sintió que la empujaban por detrás y en se huida oyó que amontonaban otra vez los escombros para barricar la gatera y hacerla inexpugnable.

Se encontró en plena noche; a lo lejos brillaban luces y se oía una voz gangosa que gritaba cosas muy raras. Miró al cielo: ¡qué hondas las estrellas y qué limpio estaba él! Su corazón empezó a latir con agitación

y las piernas le flaquearon.

-¡Libre; libre otra vez!

Dio varios saltos y echó a correr como loca. El aire fresco la seguía dándole palitos en el lomo:

-¡Hala, Centenito, hala, hala! ¡Ya estás en la calle; a ver si sabes volver a tu país!

Más cerca la voz gangosa... más cerca el pueblo... Y de pronto, entre dos calles, cuando ya se veía, se ¡olía! el monte...

Segundo secuestro de Centenito

-¿Qué es eso que corre tanto, una liebre? -preguntó una voz bronca que caía del cielo.

-¡Es un gato! ¿Lo cojo? -gritó otra voz fina, de niña.

-¡Si es que puedes!...

-Ya está aquí. Y Centenito fue levantada en alto por unas manos delicadas que no la hicieron daño.

-Es muy bonita; porque es gata.

-¿En qué lo conoces?

-En que tiene tres colores.

La habían puesto bajo un farol y a ella le latía el corazón arrebatadoramente. Tenía miedo.

-¡Pobrecita mía! Si vieras qué susto tiene. ¿La llevo a casa?

-Tráetela.

La niña la apretó contra su pecho y Centenito, sin darse cuenta, escondió sus uñas; tan tibio era el calor, tan suave, que empezó a dormirse.

Llevaba muchas horas sin descanso, sin comer, y con dos prisiones sucesivas... Soñó con el bosque, con sus hermanos...; cuando se despertó estaba en una humosa habitación iluminada en la que se olía muy bien, ¡casi a bosque!

-¿La suelto?

-Suéltala, a ver lo que hace.

No era difícil prever. Lo primero que hizo fue echar a correr y de un salto plantarse en lo más alto de un aparador lleno de vajilla delicada.

-¡Ay, Dios mío! -gritó la mamá de la niña.

-No grites, Elvira -aconsejó el padre-. Se asustará más. ¡Mis, mis!

Pero Centenito no entendía aquellos silbidos y no se movió de su sitio.

Sentía hambre y sueño. No quería moverse, pero temblaba; una tacita chocó con una copa y las dos rodaron al suelo. ¿Véis? ¡Qué idea tan feliz habéis tenido, cogiendo este bicho de la calle!

El padre hizo un gesto:

-Es del monte... -dijo, explicando sus modos.

-¿Del monte; salvaje, entonces?

-Naturalmente.

-¡Ave María! No quiero oír más. Y la pobre señora se fue desesperada.

La niña estaba triste:

-No querrá educarse. ¿Se nos escapará?

-Será lo más probable. Y el padre se fue a consolar a su mujer.

Se acercó al aparador la niña; sus ojos claros, buenos, se fijaron en los asustadísimos de Centenito...

-¡Gatina! -la llamó mimosa-. ¿Por qué no bajas a jugar conmigo? ¡No seas huraña! Te quiero mucho.

Centenito vio flores en los ojos de la niña, y su voz le recordó el arroyo donde bebía de chiquitina, en el bosque. «Debe ser hija de Abuelo Tomillo», pensó; y bajándose confiada dio topacitos a las piernas de la niña. Esta, sorprendida y feliz, acarició su lomo sedoso.

-¡Si eres de terciopelo, Gatina!

Poco a poco Centenito se dulcificaba. Sin saber cómo se encontró delante de un platito con leche que bebió aprisa, porque tenía sed. Se puso contentísima. Le trajeron las hadas otra cosa que olía divinamente y que ella se comió encantada. No sabía qué era; cerró los ojos y la reconoció como de la familia de unos seres que vivían en el arroyo y que ella veía pasar de perfil en el agua...

Las manos de la niña le trajeron una piedra muy blanca que se puso caliente en cuanto que ella se dejó acostar encima.

-Está más buena que las del bosque -pensó- mientras de su garganta se escapaba muy suavemente un ronquidito de satisfacción. Cuando estuvo dormida la levantó la niña y se la llevó a su cuarto. Centenito se dio cuenta de que la transportaban, pero como olía a la niña que la llevaba, no intentó huir; confiaba en ella.

-¡Duérmete, preciosa! Yo no te haré mal y te daré de comer. Por un milagro, entre sueños, se enteró Centenito de aquellas promesas. Sonrió, moviendo los bigotes agradecida. Pero la llamaban del bosque; ante ella corrían conejos, liebres... ¡Había que cazarlos! Uno, de repente, se paró; era Gazapo Lorenzo.

-¿Vas a comerme? -le preguntó con ternura.

Pero Centenito se echó a reír; tenía en la boca sabor de pescado y de leche.

-No; a ti no te comeré; ahora sé comer otros bichos.

Él se asombró:

-¿Qué es lo que comes ahora? Dame a mí también.

Ella sonrió desdeñosa.

-Los conejos no comen estas cosas; sólo os gusta la yerba tierna. ¿No sabes que soy amiga de una hija de Abuelo Tomillo? Gazapo Lorenzo se reía de ella y se escapó. La gata, enfadada, fue tras él y no logró alcanzarle. Tuvo que resignarse a devorar un infeliz gorrión que dormía entre las flores como un alma de Dios.

Era de día, muy temprano, cuando abrió los ojos. ¿Qué mundo era éste? Andaba sobre un césped sin olor, seco; se olía a jardín, pero no se veían flores ni árboles; encontró un montecillo y saltó a él para divisar el horizonte; encima, envuelta en nubes blancas, estaba la niña.

Centenito, sin saber por qué, la llamó con dulce maullido:

-¡Miau!

Abrió la niña los ojos, sonrió, tendiéndole los brazos.

-¡Ven conmigo, ven!

Y ella se acercó sumisa. A poco, dentro del lecho de la niña, dormían otra vez las dos como dos benditas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

